

mente institucional, carente del correspondiente análisis de “los servicios realizados”, esto es, de la historia fáctica que hubiera permitido valorar si dicha organización policial fue o no eficaz en la vida real, de carne y hueso. Por algo se empieza, no obstante: “tampoco es una cuestión menor poner en orden determinados asuntos” (p. 19). Y eso falta hacía, a decir verdad. Uno se queda con la impresión de que el autor nos ha guiado, de forma experta, a través de una madeja ciertamente enrevesada, constituida por la trayectoria institucional de la policía durante aquellos tiempos. En la base de toda esa maraña estarían la herencia de los problemas históricos, la politización de la institución, los resabios en la opinión pública liberal ante los antecedentes josefinos y absolutistas en materia de seguridad, el solapamiento y confusión sobre su naturaleza y atribuciones (Alta policía, Milicia Nacional), el conflicto entre la administración civil y el ejército por su control en un contexto histórico de inestabilidad y guerra civil, problemas técnicos como la falta de una fuerza uniformada y (siempre,

siempre) argumentos económicos. “La policía —concluye— ha estado en un continuo y desmesurado vaivén durante todo el periodo estudiado, yendo de la supresión al restablecimiento y dentro de este a muy repetidos cambios de denominación y de estructura” (p. 177).

El libro cuenta con un extenso anexo documental (pp. 183-226) que comprende artículos de prensa extraídos de *Fray Gerundio*, *La Revista Española*, Mariano José de Larra y *El Eco del Comercio*, así como la polémica sostenida entre *El Eco*, *El Herald*, *La Posdata* y *El Espectador* acerca del Real Decreto de 1844 sobre el arreglo del ramo. En un apartado final se menciona la documentación y se lista la bibliografía utilizada. También se reproducen, en blanco y negro, diez ilustraciones de época.

Enhorabuena merecen tanto el autor como los responsables del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, que han tenido el acierto de ocuparse de la edición de la obra que aquí se presenta.

MANUEL MORÁN ORTI

Guillermo GORTÁZAR (coord.), **Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la historia**, Madrid: Unión Editorial, 2017, 248 p., ISBN 978-84-7209-716-2

El presente tomo, que coordina y edita Guillermo Gortázar en Unión Editorial, con el título *Bajo el dios Augusto*, recientemente publicado, abre una serie de perspectivas de cara a potenciar la enseñanza de la historia

desde la imparcialidad y el peso indiscutible del sentido común contra las presiones políticas e intereses de partido o ideológicos a los que se ve sometida en la actualidad. En primer lugar, trata de comparar la conside-

ración y el tratamiento de la historia durante la llamada “paz romana”, en alusión a la era del emperador Augusto, en relación a la relativa “*pax democrática*” que se respira dentro de los moldes oficiales en Occidente y concretamente en España. Así que habría dos momentos comparables que siguen esquemas oficiales, donde figura aquello que se debe decir para quedar bien, aunque no llegue al gran público, luego está el mensaje de la historia oficial, la que usan los medios de comunicación a su antojo. Pío Baroja ya criticaba a Tácito y los historiadores de tiempos de Augusto, en un artículo de 1933 sobre su idea de *Historia*, por considerarlos demasiado dependientes del poder, cuando no condescendientes, en relación a la política del primero de los Césares, el propio Cayo Augusto, de donde se deriva que existe igualmente una historia oficialista, considerada políticamente correcta; sobre todo si –en el caso español– escamotea, denigra o descalifica a la historia política pretérita más cercana: el franquismo. Dado que todos los autores de este ejemplar son españoles con una amplia experiencia, se ha recurrido para englobarlos de algún modo a uno de los autores clásicos por excelencia, al estoico Publio A. Seneca y su obra *De beneficis*, con idea de ofrecer un enfoque moral, aplicable en nuestros días, según se desprende de la mayor parte de los clásicos greco-romanos en mayor o menor grado.

De esta manera podemos acceder a la opinión documentada de un

conjunto de historiadores honestos, serios, que escapan a la consideración de la *mass media* común; son analistas que presentan su desacuerdo con el pensamiento único actual; aunque participen en parte –por prudencia– y de forma pasiva del pensamiento débil imperante. Elementos contra el que emiten una crítica constructiva en mayor o menor grado y en la medida en que la historia ideologizada se ha convertido en objeto de consumo al margen incluso de las inquinas personales. Otra apreciación es la del llamado profesional, que no debe mostrar odio, inquina o rencor hacia estas tendencias, aunque los argumentos de aquel vengan apoyados por una importante documentación, porque se trata de dar una visión moderada, relativa, no hiriente, en aras de exponer la verdad científica, aunque el rival no corresponda. Si bien ciencia y política no se identifican por defender la misma verdad. Como si ambas posturas enriquecieran en su forma y contenido una idea de historia que no quiere hablar de pesimismo. Cuanto más directo se pueda mejor se llegará a conectar con la mayoría para crear una opinión clara, sin caer en estereotipos. Este era el parecer de un historiador español de la Institución Libre de Enseñanza: Rafael Altamira y Crevea, que trataba de evitar exponer críticas duras o hablar de decadencia de una forma gratuita, tratando de establecer la historia como un estado de conciencia colectiva, no solo una opinión. Sin embargo, nos iba a dar igual porque nadie nos leería, en cualquier

caso. Otra cuestión es la desigualdad que deriva de estos presupuestos entre verdad científica y política, como si no tuviesen que ser idénticas o no tuviesen el mismo peso cualitativo, además de apreciar que una cosa es la divulgación y otra la investigación académica.

Así que existen varios *handicaps* de entrada, al margen de encontrar el camino aséptico de la consideración científica de la historia. Lo que yo encuentro discutible, porque la historia no es una ciencia, en el sentido en el que lo son la cibernética o la mecánica cuántica. Es decir, a pesar de que los métodos de prospección pudieran serlo, variarían en cada caso. Referido a si la historia no es una ciencia en su sentido comparativo con la mecánica cuántica, Suárez Verdaguer así lo refiere en un trabajo sobre *Azaña y la guerra civil* en Rialp, hace ya unos tres lustros; respecto al segundo punto Ramón de Campoamor en unos versos exponía que la historia “o se escribe con sangre o se la lleva cualquier brisa”, hoy ocurriría lo último, nuestra sociedad no hace nada relevante atada a los prejuicios de la igualdad de género, la guerra de sexos, el buenismo actual, la homofobia y la “gilipofobia” si se me permite, que dominan la política, la sociedad presente, haciéndola impotente, anticreativa, con falsa condescendencia y tendencias dictatoriales más perniciosas e impositivas que las pasadas, convirtiendo la tolerancia en una inmensa hipocresía, rechazando cualquier forma de acción e incluso de violencia ni siquiera en

defensa propia. Este es legado de una izquierda progre, que ha conseguido convertir al hombre en eunuco mental, no solo al español y al resto de los géneros e individuos en retrasados mentales, con apariencia de progreso tecnológico y económico.

Los prejuicios están solapados con los intereses ideológicos y de partido, sobre todo. Hay que recurrir a la historia literaria y de nuestro pensamiento histórico por su nobleza, profundidad y sencillez, así cierta tendencia demostrada por una élite importante de pensadores desde Pío Baroja a Marañón o Laín Entralgo, vincula historia y genética, en el análisis de una psicología moral de los actos históricos. Se trata de un planteamiento no muy lejano a la bioética. Al margen de lo dicho los fines de la historia tienen que ver con el derecho, para encontrar la capacidad de fiscalizar y encontrar responsables de los hechos históricos más allá de lo escrito por Hanna Arendt, obsesionada por esa banalidad del mal, identitativa de la *soah*, que no deja de ser un instrumento político inquisitivo. Pero por su carga de emotividad la historia *per se*, insisto, no es una ciencia en el sentido pleno, dada su carga de *poises* según analizaba Schopenhauer, en el capítulo V de su primer volumen de *El mundo como voluntad y representación*, un fenómeno que lo mismo viene impulsado por la atracción de lo heroico, del relato épico. Tratar de arrancarle estos contenidos no solo la dejarían opaca, sino sin espíritu. Hay aquí una relación íntima entre histo-

ria (épica) y literatura (lírica), según nos la mostraron genéricamente los griegos, incluso su estética: desde la historia militar, el grandioso espectáculo de las batallas hasta el estudio individual del sujeto, incluyendo al inconsciente colectivo desde Gustav Le Bon a Karl Gustav Jung.

Es en este sentido en el que trabajó Julio Caro Baroja, al indagar en las razones psicológicas o antropológicas de las pasiones, a través de la *Antropología kantiana*, aplicada en *La cara espejo del alma. Estudios de fisiognómica*, donde podemos contemplar las tesis de Lombroso o las sobre antropometría utilizadas por Palacio Valdés en *La Fe*, para mostrar que el *prosopeyon* del individuo, es la imagen que adelanta la personalidad del sujeto, según investigara Ángel Sánchez de la Torre, desde la representación de la persona actuante, dentro de una explicación filosófico-jurídica. Hay que partir de un criterio amplio, profundo e interdisciplinar para hablar de historia en el presente, pues no es una disciplina solitaria o aislada, ya que obliga a saber cada vez más. Se trata de una materia que, además, aun viste mucho para cualquier político, sociólogo o periodista que se introduce en este marco del saber, sobre todo si tiene posición y dinero, invadiendo un territorio que no es suyo para divulgar su santa opinión, aunque no tenga mayor capacidad de análisis, ni educación social, fuera de las exigencias políticas actuales dentro de una historia oficial.

En el siglo XIX, Cánovas, Romanones, Valera, el duque de Maura

eran políticos y magníficos historiadores; así es como un autor –Pedro Pascual– lo demostró en un libro de hace varias décadas, *El compromiso intelectual del político*, porque eran investigadores profesionales. Pero hoy ya no interesa salvo para alardear y unir vanidad al prestigio que aun da saber historia, dado que la imagen intelectual da una visión *snob*, progre, porque “viste”, pero se sitúa aun en la línea de tiro barojiana, que ya denunciase en una tertulia con Valle Inclán en 1904 en el Nuevo Café de Levante: 1, los que no saben; 2, los que no quieren saber, 3, los que odian el saber; 4, los que sufren por no saber; 5, los que aparentan que saben; 6, los que triunfan sin saber; 7, los que viven gracias a que los demás no saben. Una excepción a lo dicho es el trabajo del propio Guillermo Gortázar, diputado e historiador, que abre el libro no solo con un muy sugerente Prólogo que despierta el interés por el resto de la obra, seguido de un brillante análisis acerca de la evolución historiográfica y el desarrollo del saber histórico, en *Reyes y batallas. El retorno a la historia narrativa y política* abarca desde las historias narrativas a la analítica y de ahí el retorno hacia el positivismo, pasando por las distintas corrientes historiográficas. A continuación, Antonio M. Moral Roncal, titular de la Universidad de Alcalá, lleva a cabo otro riguroso análisis de las tendencias historiográficas en la España del siglo XX en *El contemporaneísmo español de la segunda mitad del siglo XX. Entre la ciencia y la políti-*

ca. Si el anterior trabajo era enfocado a nivel global o escala internacional, el del profesor Roncal se limita a la España franquista y de la transición, estableciendo una relación entre las oposiciones y la continuidad como contraste, sin prescindir de influencias exógenas, completando así la visión iniciada en el capítulo anterior. La enseñanza de la historia se ha visto influida por la crisis de la educación, desde fines de los cincuenta, según señala el profesor Moral Roncal al citar a Dawson.

Cabría añadir a este respecto la crítica de Hanna Arendt (1967) y Noah Chomsky más recientemente, la hablar de *Deseducación* (2016), resultado de tendencias y rupturas sociales acaecidas en el marco de la crisis de conciencia actual. Pero tal fenómeno ha sido producido por la desaparición de la *autoritas*, la superioridad del profesor, la excelencia académica, aspectos usurpados por las distintas jerarquías de jefecillos mediocres en ciertos puestos de responsabilidad en la universidad pública, y en la privada, aquí por imperativo económico, salvo alguna excepción, allí por la contaminación política dominante, siempre en un sentido, el de la izquierda. La mayor parte adscritos o simpatizantes de determinados partidos de izquierda, dando un poder desmesurado a un alumnado, poco instruido y peor educado que sirve a los propósitos de los neo-marcusianos o neo-sartristas, sin que nadie haga absolutamente nada. Porque en el fondo a nadie le importa el futuro de la universidad en

general ni de la historia en particular. Nos situamos en un momento de renovación de reacción.

Por su parte, el más veterano de los colaboradores del libro, el catedrático Cuenca Toribio, lleva a cabo una crítica a las oficiales condiciones políticas de permisividad en las que se produce el estudio de la historia, quizá con un lenguaje críptico y oscuro. De manera que en el capítulo *La dorada pátina de la historiografía marxista*, critica el monopolio, las aspiraciones de exclusividad del modelo de pensar único, pasando por todas las formas de izquierda desde las más “progres” a las más radicales. Alfonso Bullón de Mendoza, catedrático del Instituto CEU de Estudios Históricos, ofrece una descripción de las condiciones de la enseñanza e investigación desde sus vivencias personales e incluso familiares, dado que los Bullón han estado vinculados al servicio del Estado como leales servidores públicos, es el caso su abuelo D. Eloy, catedrático de historia y gobernador civil de Madrid, antes de la dictadura de Primo de Rivera, ocupando cargos de relevancia política.

Por lo tanto, sabe muy bien relacionar los contenidos de la alta política con la enseñanza en general... concretando su análisis en la *Parcialidad de los historiadores españoles*, relativizando por comparación las depuraciones en la España franquista respecto de lo que hiciera el Frente Popular: el 47% de estos frente al 22% de aquellos. Por último, se sitúa el apartado de Pedro Carlos González

Cuevas, profesor titular de la UNED, *Los guardianes de la Historia, presencia, persistencia y retorno*. El autor es también muy claro; en un sentido crítico abierto y casi barojiano expone cómo “la sociedad española, a veces, parece es incapaz de progresar”, y desde luego carece de una historiografía brillante y de autores de talla mundial... de manera que “no se ha producido en España ningún Carlyle, Renan, Taine, Mommsen, Michelet, Ranke, Tocqueville, Guizot, Thierry, McAulay, Pirenne, Braudel, Febvre o Thompson”. Además de la obsesión casi enfermiza por la guerra civil, como si no hubiese otra materia de estudio. De otro lado, a pesar de la existencia de profesores en Estados Unidos y otros países, ningún español se caracteriza por ser un gran germanista, anglicista, galicista o americanista, mientras que existen hispanistas de renombre desde Bennisar, Ellilot o Lynch a Raymond Carr o Stanley Payne. Me sorprende tener que oír que en España se hace buena historia, como he llegado a oír en el Nuevo Club. Es natural, el español cree ocultar con esa mediocre defensa sus taras, a la que hay que añadir la violación de la libertad de cátedra, las rivalidades ideológicas antedichas, los prejuicios no solo de izquierdas. Habría que analizar por tanto si esa idea de *pax romana*, de prosperidad que caracterizó al llamado “siglo de Augusto” se corresponde en sus éxitos y debilidades, aun salvando las distancias, con la situación presente o porque en un momento de crisis no existe esa respuesta esperada,

hasta convertir en una dictadura todo aquello que quisiéramos decir, pero no podemos, no resulta conveniente.

Especialmente cuando los contrastamos con la obra de Hanna Arendt, *La Crisis de la republica, Estar (políticamente) en el Mundo* o con la de Noah Chomsky desde *Como nos venden la moto* (1995), *El beneficio es lo que cuenta* (2000) y más recientemente en *De los espejos y otros ensayos* (2015). Autores que coinciden en denunciar un fenómeno *in crescendo*, paulatinamente, desde fines de los sesenta, la crisis de la educación, la crisis de la cultura y la de la política, como podemos recordar en la Hanna Arendt de *La crise de la culture*, *Crise de l'éducation* et *La crise de la Politique*. Chomsky habla de *La Deseeducación* (2016) actual, publicado en castellano por Planeta. También es verdad que dicho término “paz romana” y “bajo el Dios Augusto” podrían tener otras connotaciones, como la máxima de que “El imperio es la paz”. Cecil Rhodes hablaba en términos pannaionalistas y naturalmente el imperio británico era lo más excelso del mundo después de la Providencia. En caso alguno imperio y globalización son términos inocentes. Ocultan algo. Peter Weis habla de otro imperio: *la Era de la nada*. Lipovetsky *La era del vacío*. Esta es una nueva hoguera de vanidades. Un declive asociado a la conversión de todo instrumento humano en objeto ideológico de consumo, o si tratamos de profundizar más, fuera de las vanas alabanzas a la democracia, dado que ambas consideraciones o comportamientos no son sino una huida de la

realidad, un vulgar camuflaje. El marxista, sobre todo el más puro, tiende a analizar lo histórico, desde una perspectiva sociológica, incurre en cierta filosofía de la historia con presupuestos psicológicos, al margen de su herencia estructuralista o economicista. De esta forma está muy por encima de los que solo reconstruyen, como si la historia fuese un puzzle; por eso aquellos tienden a dominar la opinión pública, lo que la actual derecha no sabe y aún menos el liberalismo, que solo defiende sus intereses de partido incluso de clase, pero no sabe ni quiere defender otra causa que no sea la del poder económico...

Mantener el *statu quo*, para que no cargue con el calificativo de intolerante o fascista si se decanta por valores de otra naturaleza, sobre todo social, otro falso patrimonio del izquierdismo. De ahí que sea tan corrupto como los demás y deje hacer, un viejo, cómodo y clásico "*laissez faire, laissez passer*", a la par que olvida sus deberes culturales, la defensa de la historia no le compete, como el propio Alfonso Bullón, uno de los colaboradores de este libro, expuso valientemente en "El PP, la cultura y la memoria histórica. Complejos que nos pueden costar muy caros", publicado el 9 de febrero de 2017 en *El Debate de Hoy*. El resultado es que la universidad, la vida intelectual, el cine, la cultura tienden a formar parte de un feudo izquierdista, sin calidad o nivel, algo público que ha sido invadido por el predominio sociológico de una *neolengua* y una moral artificiosa sin que los llamados defensores de las li-

bertades constitucionales, en el poder, hagan absolutamente nada por evitarlo e incluso vendan al enemigo a sus correligionarios. Recurrir a obras clásicas marxistas para ejercer una crítica constructiva no es ponerse del lado del enemigo; al menos eso cabría exponer a algunos ultraliberales de la democracia conservadora. Esta táctica refuerza con argumentos útiles, en su caso, al auto-análisis y el estudio de los puntos débiles de una izquierda progre, anti-patriota, en la que no todos son Noah Chomsky ni Arendt, desde luego. No se trata de limitar la producción histórica al positivismo, sino abrirla a otras tendencias metodológicas, a indagar en el extranjero, especialmente en un mundo globalizado, en acabar definitivamente con el espíritu de campanario, a intentar abordar horizontes metodológicos y de contenidos infinitamente más ricos desde la interdisciplinariedad. El libro es útil en la apreciación de todas las ideas que aboguen por una libertad no mediatizada políticamente por nadie y consagren a libertad de cátedra. Es decir, se trata de formular una renovación honesta, sólida y no meramente nacional, para hacer retomar el merecido nombre de estudios universitarios y de universidad sin caer en una apreciación barata de la globalización. Es por ello que el libro, que aquí se presenta, abre un gran número de posibilidades hacia la comprensión de una temática en vías de renovación, el conocimiento de los instrumentos políticos que sirven de marco o referencia en esta dualidad entre historia y política, así como el análisis de otros

horizontes del “saber y es”, según han explicado desde Benedetto Croce a Hanna Arendt, no solo una *Hazaña de la libertad* sino un espíritu indomable

que va de la *Historia a la acción* con la responsabilidad social subsiguiente.

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN

María ANDRÉS URTASUN, **Arquitectura perdida en Madrid, 1931-1939**, Madrid: Editorial Y, 2017, 533 p., ISBN 9788494642920

Tal y como cabe esperar de una tesis doctoral, el presente libro de María Andrés Urtasun, que ya con anterioridad había publicado un meritorio trabajo sobre *El retorno del Arte* en que analiza las vicisitudes del patrimonio español depositado en Suiza por el gobierno de la República, está basado en una abundante documentación. Los fondos de regiones devastadas conservados en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares han sido claves para una obra en cuya elaboración también se han consultado con aprovechamiento los archivos del Palacio Real y de la diócesis de Madrid, así como otros varios de manera más localizada. Además, es de agradecer la labor de campo que ha llevado a visitar las distintas localidades de la provincia para ver los edificios *in situ* y hablar con testigos de los acontecimientos que se narran.

Tras una introducción muy personal, la autora realiza un catálogo de la arquitectura perdida de la villa de Madrid entre 1931 y 1939 que se extiende desde la página 83 hasta la 356, en que distrito a distrito de la capital se recogen arquitectónicamente las pérdidas arquitectónicas habidas en el periodo que abarca el estudio.

Las primeras referencia cronológicas se refieren a las iglesias quemadas a lo largo de la Segunda República, donde los acontecimientos de mayo de 1931 cobran un especial protagonismo, al igual que las destrucciones de marzo de 1936, y las que se produjeron en los primeros días de la guerra civil, no más numerosas, pero sí más intensas, pues en 1931 la arquitectura se vio menos afectada, mientras que en 1936 resultaron arrasadas iglesias tales como las de San Cayetano, San Andrés, San Luis y la basílica de San Isidro. De la página 357 a la 467 tenemos el catálogo de la arquitectura perdida en la provincia de Madrid entre 1931 y 1936, donde las destrucciones anteriores al comienzo de la guerra revisten menor importancia. En ambos casos nos encontramos con una abundante documentación gráfica, en gran parte inédita, donde puede verse cómo eran los edificios antes de su destrucción y cómo quedaron tras la misma.

Uno de los elementos que distingue ambos periodos es el carácter de las destrucciones, que hasta la llegada de las tropas nacionales a la provincia de Madrid son de carácter voluntario, mientras que a partir de dicho momento se deben en gran medida a